



NÚM. 19. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 12 DE MAYO DE 1861.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO V.

REVISTA DE LA SEMANA.



Qué inconsecuencias nos ofrece la temperatura en Madrid! A un calor de 20° sucede repentinamente un frio glacial, y el termómetro que hoy está cerca del 0, vuelve á subir mañana á 18 ó 20. La última semana tuvo algunos dias deliciosos, propios de mayo; pero la que concluye hoy ha estado lluviosa y fria como una semana de noviembre. Madrid, pues, no tiene fijeza de principios en punto á temperatura, y su clima está sujeto á bruscas transiciones, que hacen al habitante prevenido no fiarse de apariencias. La calma mas perfecta se suele convertir á los pocos minutos en la tempestad mas deshecha: las causas de la tempestad van obrando lenta, progresiva é inadvertidamente, y á lo mejor cuando mas descuidados nos encontramos, se desencadena el huracan, ruge el trueno en los aires, y el rayo amenaza *pauperum tabernas regumque tures.*

Al fin se ha hecho el ensayo oficial en Alicante con el icteo del señor Monturiol á presencia del señor ministro de Marina, de las autoridades y de los representantes de tres periódicos privilegiados, convidados por el señor ministro. Con el resto de la prensa no se ha contado para nada; decimos mal, se ha contado para que favorezca el invento.

Claro está, sin embargo, que el que escribe estas líneas no ha de resentirse por lo que á él le toca; pues no solamente no busca, sino que tampoco acepta, esta clase de invitaciones, y cuando ha ido á alguna parte, ha ido de su cuenta. Pero le parece una falta de atención con la prensa que no se haya invitado á todos los periódicos, no precisamente á pagar á sus redactores un viaje y un almuerzo, sino á presenciar en Alicante

la prueba que iba á hacerse del invento que la prensa mas que nadie ha protegido; prueba que asi hubiera tenido mas realce.

De todos modos, como *EL MUSEO* ha dado ya una descripción completa con grabados del barco-pep y de su mecanismo, y como hemos hablado de otros ensayos que se han hecho, completamente satisfactorios para su autor, no tenemos aquí que añadir sino que la prueba última fue igualmente lisonjera, y remitirnos á lo que digimos en la última revista: que el señor Monturiol merece un premio por su invencion y que el gobierno debe aplicar un crédito extraordinario para la construccion de varios icteos en la mayor escala compatible con los recursos de que se pueda disponer y con la utilidad que ha de reportar la invencion. Grande responsabilidad contraeria el gobierno si en pruebas, ensayos y expedientes hiciese perder la paciencia y los fondos al señor Monturiol obligándole á buscar capitales extranjeros para llevar á cabo su empresa.

El domingo último se verificó en Barcelona el acto solemne de distribuir los premios á los que los han merecido en los juegos florales. Los señores Campo y Falces, Balaguer y Roselló, salieron agraciados con los cuatro primeros premios, habiendo obtenido dos el señor Balaguer. El otro le obtuvo la señorita doña Isabel Villamartin.

La guerra comienza á ser formal entre los Estados del Norte y del Sur de la antigua confederacion americana. El Norte reúne tropas para emprender la reconquista de los fuertes que ha perdido, y el Sur ha publicado un decreto ofreciendo patentes de corso contra el Norte. Se ha observado que el gran vapor *Great Eastern*, el buque monstruo construido en Inglaterra y capaz de llevar á su bordo diez mil hombres de tropas, aquel buque, cuya descripción dimos en el año anterior, que es el mayor que ha surcado los mares y que no puede por lo mismo entrar en todos los puertos, ha salido en la última semana para América, y esto ha hecho creer que habia sido comprado por una de las dos partes beligerantes. El *Great Eastern* ha sido para sus accionistas una mala especulacion hasta ahora, habiéndoles hecho gastar muchísimo mas de lo que les ha producido: por lo cual se habian suspendido sus viajes y estaba embargado por los acreedores. De repente se ha levantado el embargo en virtud de un arreglo cuyos términos se ignoran y el buque ha salido para los Estados-Unidos. ¿A dónde va? ¿Al Norte ó al Sur? Si se hacen con él los del Sur, será difícil que la escuadra del Norte pueda

bloquear sus costas. Si por el contrario es el Norte quien le compra, de poco servirán las patentes de corso.

La situacion triste en que se encuentran los negocios en los Estados-Unidos, ha producido allí grandes quiebras, de las cuales se ha resentido no poco el comercio de la isla de Cuba. El gobierno español, en vista de estas dificultades ha ofrecido auxiliar con 2.000.000 de duros al comercio de la Habana, y el viernes último debió salir de Cádiz con medio millon el vapor *San Antonio*. Algun periódico de aquella capital propone que se auxilie al Banco Español habanero con un empréstito de 6.000.000 de duros y nos parece que esta medida volveria la tranquilidad á los ánimos y la facilidad á las transacciones mercantiles, evitando nuevas suspensiones de pagos.

De Méjico confirman las noticias dadas últimamente acerca de la disposicion en que se encuentra el gobierno de Juarez para restablecer las relaciones con España. Verificadas las elecciones, ha salido electo presidente el mismo Juarez en competencia con el señor Lerdo de Tejada. Damos los retratos de ambos en este número.

Don Benito Juarez fue durante la última guerra el presidente que sostuvo por tres años en Veracruz contra Zuloaga y Miramon la causa que hoy se mira triunfante, y es la del partido radical. Don Miguel Lerdo de Tejada era su ministro hasta la victoria final y fue candidato, como hemos dicho á la presidencia, que tal vez hubiera alcanzado si la muerte no hubiese venido á poner término prematuro á su carrera política. Lerdo estaba bien reputado en el país como hombre recto y entendido: de Juarez se habla con variedad y muchos le atribuyen debilidad de carácter. ¡Quiera el cielo que acierte á dar paz y tranquilidad á su patria!

El último correo nos ha traído pormenores del desembarco de nuestras tropas en Santo Domingo. Han sido acogidas con entusiasmo en todas partes. Dicen que el presidente don Pedro Santana se presentó de gorro negro y uniforme: lo cual ha chocado á algunos; pero no se recuerda que el gorro negro de seda es prenda muy usada antiguamente entre los hombres de cierta edad que estaban sujetos á resfriados; y que Santo Domingo ha conservado tal vez con mas fidelidad que nosotros ciertas costumbres de nuestros mayores. Nadie sabe el respeto que infunde un gorro negro bien colocado sobre una frente espresiva. ¡Y qué diferencia tan enorme entre el gorro negro, cubierta respetable de las cabezas meridionales y el gorro blanco, el *bonnet de*

coton, ridículo coronamiento de ciertas ridículas humanidades en los países del Norte!

De las jóvenes dominicanas se hacen por los correosales del ejército grandes elogios, así por su hermosura como por su gentileza. Ya se supondrá que no llevan gorro negro. En su lugar ostentan graciosos sombrerillos con plumas, que dan al rostro particular encanto. Las tropas españolas cubren ya los principales puntos de la república y se han empezado obras de reparación en edificios y caminos. Se esperaba en breve al general Serrano en Santo Domingo.

Los moros dicen que tienen reunido un poco de dinero en Tánger, pero no todo lo que deben pagar en mayo. Por nuestra parte no hemos podido averiguar ni cuánto cumple el plazo que se les ha dado, ni cuánto deben pagar, ni cuánto han reunido: pero el gobierno que lo sabe ha dispuesto que se reúna en Algeciras una escuadra de evoluciones, que al mismo tiempo que se ejercita en las maniobras marítimas, acechará la ocasión de estar el dinero pronto para ir y embarcarlo: porque como decía Sancho: cuando te den la vaquilla, acude con la soguilla. Lo malo es que esta vaquilla de los marroquíes se suele escapar cuando mas cerca está de ser entregada.

Viniendo ya á la parte de acá del Estrecho, diremos que el miércoles último se reunió el ayuntamiento de Madrid con los mayores contribuyentes para aprobar las bases del empréstito que se propone contraer aquella corporación con destino á obras públicas. Laudable pensamiento es el de construir obras de utilidad pública y aprobamos también lo del empréstito para este objeto. Lo que no nos parece bien es que se aumente la contribucion de puertas y consumos en varios artículos que son de primera necesidad como ha dispuesto el ayuntamiento, unido con los mayores contribuyentes. ¿Por qué no se ha recargado la riqueza inmueble? Porque es la que habia de votar el recargo.

Uno de los artículos recargados será el jabon, y con esto sucederá en breve en Madrid lo contrario de lo que decía Sabastian á Manolo en la tragedia de don Ramon de la Cruz:

Esto es que se ha trocado
Tanto Madrid, por dentro y por afuera,
Que lo que por afuera y por adentro
Antes fue porquería, ya es limpieza.

En el Circo se ha representado con buen éxito la *Cruz de los Humeros*, zarzuela del género andaluz. Jovellanos volverá según parece á poner en escena la *Niña* despues de algun arreglo. Se esperan cosas de mas fuste dentro de poco en este teatro, siempre tan favorecido del público.

En el Príncipe se ha representado el drama *Francisco Pizarro*, original de don Antonio Ferrer del Rio. Gran correccion en el lenguaje, buenos versos, pensamientos elevados, buenas dotes literarias, pero languidez en la accion. El público le recibió con benevolencia.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ISABEL LA CATOLICA.

SUS AMORES Y CASAMIENTO CON DON FERNANDO DE ARAGON (4).

VI.

Nueve dias despues de su llegada á Zaragoza, Gu- tierre de Cárdenas se puso en camino para Calatayud acompañado de Mosen Pero Vaca; con él marcharon Alonso de Palencia y Tristan de Villarreal, confidente el último enviado por el almirante don Fadrique Enriquez.

El plan que se propuso consistia en que Palencia y Villarreal hicieran el viaje con la comitiva de Pero Vaca, y que Cárdenas fuera de Calatayud á Verdejo, pueblo de la raya de Aragon, en el que se debía reunir con él despues de su salida de Zaragoza el príncipe don Fernando. Entre tanto se presentó en Calatayud un nuevo personaje, llamado García Manrique, el cual era hermano del conde de Paredes, y habia sido enviado por la princesa y el arzobispo quienes «le despacharon con diligencia para activar la venida del rey de Sicilia, manifestando el peligro de la dilacion, si en el entre tanto volvía á Castilla el rey don Enrique.»

La venida de Manrique ocasionó una complicacion que pudo haber tenido fatales consecuencias. Celosos los castellanos por apresurarse á cumplir los deseos de la princesa, se negaban á compartir la gloria de su empresa con cualquiera persona que en ella no hubiera arrojado todos los peligros. Este temor nació en ellos á la llegada del nuevo mensajero, y así todos los que componian la comitiva á una con Gutierre de Cárdenas, que era el mas decidido á proclamarse vencedor en aquel negocio, no cediendo á nadie la gloria de conducir al príncipe á Castilla, le dijeron que Cárdenas se hallaba aun en Zaragoza, y que el príncipe habia marchado á Cataluña á consultar con su padre el partido

(4) Véanse los números 14, 15, 16, 17 y 18.

que debía tomar en aquellas circunstancias. García Manrique se dejó engañar y se dirigió á Zaragoza, dejando alborozados á los castellanos que contentos con el buen éxito de su cautela continuaron su marcha con la fingida embajada saliendo por la puerta opuesta para Castilla. Cárdenas partió á Verdejo en derecha, y los demás individuos de la comitiva se dirigieron á Monteaquedo.

En el mismo dia habia llegado don Fernando á aquel punto, de manera que pudo reunirse con Cárdenas en el primer momento. Con el príncipe vinieron para custodiarle en su viaje Mosen Ramon de Espés, antiguo ayo suyo y actualmente su mayordomo mayor, Gaspar, hermano del anterior, Pero Nuñez Cabeza de Vaca y su copero Miguel Sanchez. Acompañábase además Pedro de Añon, correo que hizo de guía, y un mozo de espuelas llamado Juan de Aragon.

A la llegada de Cárdenas ya estaban todos dispuestos, y así sin la menor detencion se pusieron en camino, y pasando la raya, llegaron á una aldea situada entre Gomara y el Burgo de Osma. Detuviéronse en ella fingiéndose mercaderes que se dirigian á Castilla. El príncipe para mayor disimulo los sirvió de criado, haciendo todas las operaciones correspondientes á su papel, entre ellas servir la cena y cuidar las caballerías de la comitiva. No pararon tampoco por mucho tiempo en este punto, apenas cenaron volvieron á tomar su camino en medio de una noche escesivamente oscura. Entonces fue cuando sucedió uno de los acontecimientos mas célebres de este viaje. Parece que con la precipitacion de la partida dejó olvidada Ramon de Espés la bolsa donde llevaba el dinero y la que para mayor seguridad habia dado á guardar á la dueño de la posada donde cenaron. Viendo la imposibilidad de continuar su marcha sin este indispensable recurso, cuando la echaron menos que fue á unas dos leguas, determinaron enviar á reclamarla á Juan de Aragon, que lo hizo con la mayor actividad, volviendo con ella antes que hubieran andado otras dos leguas. «Tal era su actividad y ligereza, dice Palencia, quien de él refiere que en un dia solia andar tres jornadas.»

Pero Vaca y los demás mensajeros proseguian en el interin su marcha con la mayor ostentacion y haciendo alarde de llevar la embajada que ocultaba el verdadero objeto de este viaje, dirigiéronse á Ariza y Monteaquedo para desde allí encaminarse al Burgo de Osma. Era Pero Vaca hombre de bastantes años, y como en aquella época la esperiencia aleccionaba en demasía á los hombres por las grandes vicisitudes á que cada momento se veian espuestos, este que habia pasado por algunas, se hallaba ahora lleno de timidez, hasta el extremo de ver peligros mucho mayores de los que en realidad habia. «Iba, dice, Clemencin, lleno de cuidado, ponderando los peligros del príncipe y reconviniendo á Palencia de la temeridad del proyecto, y á sí y á los demás de la ligereza con que lo habian seguido.»

En vano Palencia echaba mano de sus mas escondidos recursos para satisfacer sus temores y acallar sus males; aumentóse este y con mayor motivo, cuando de allí á poco hallaron un mensajero que «les advirtió fuesen con precaucion, porque poco antes habia visto pasar hasta ciento de á caballo por un camino de travesía hácia Berlanga.» Tomáronse otros antecedentes del caminante y preguntado si sabia quién fuese el capitán de aquella gente, respondió «haber oido que se llamaba Gomez de Manrique y que la gente era del arzobispo de Toledo.»

Esta noticia que habia en un principio aumentado el sobresalto de Pero Vaca, calmó su agitacion y le volvió todo el ánimo que habia perdido, recobrando su natural serenidad, cuando Palencia le manifestó las precauciones que habia tomado antes de entrar en Aragon, y el aviso que remitió al arzobispo desde Gomara, procurando convencerle que aquellas gentes pertenecian al prelado, quien de seguro al saber el peligro que corrían habria enviado algunas mas, las que él esperaba encontrar aguardándolos en el Burgo de Osma.

En esta incertidumbre llegaron á la aldea de Ortezuela, situada á muy corta distancia de la orilla izquierda del Duero.

Estábase preparando la comida cuando supieron la llegada de Gomez Manrique, que con tres de á caballo habia venido hasta Berlanga, pueblo distante media legua de Ortezuela. Apenas supo la proximidad del príncipe, rebotando de contento se volvió al primer punto para marchar al otro dia con los suyos á esperarle en el Burgo, «donde dijo debía concurrir con otras doscientas lanzas don Pedro Manrique, conde de Treviño.»

En vista del estado de los negocios y conjeturando por ellos el buen éxito del viaje, calcularon como de la mayor importancia ponerlo en conocimiento del príncipe para que pudiera obrar en consecuencia. Con este objeto salió de Ortezuela Tristan de Villarreal esperando encontrarle y darle estas noticias donde quiera le hallase, pues ignoraba á qué punto habia llegado en aquella sazón.

La embajada proseguia entre tanto su camino dirigiéndose hácia el Burgo. A su llegada á esta ciudad encontraron las puertas cerradas, y ante ellas al conde de Treviño con sus soldados, los que se hallaban detenidos por no haber podido recabar les permitiera la entrada el teniente del obispo, que estaba entonces ausente en

Ucero. Regocijóse el conde en extremo con las nuevas que se le dieron acerca de la venida del príncipe y para evitar sospechas hizo alojar su gente en Osma, á la otra parte del rio, consiguiendo por fin penetrar dentro de Calatayud en compañía de García Manrique, que regresó á la embajada, y Mosen Pero Vaca, que como jefe de aquella fue recibido con Palencia y demás individuos de la comitiva y equipaje dentro de las murallas de la ciudad.

El príncipe en el interin continuaba su viaje y sabiendo el éxito que se le auguraba, le apresuró mucho mas de lo que en un principio se habia propuesto; así casi mediada la noche del 6 al 7 de octubre, llegó al Burgo de Osma estando de consiguiente apercebidos sus partidarios para recibirle y facilitarle la entrada, como él en su interior suponía. Esto dió lugar á un acontecimiento que estubo á punto de dar al traste con todos los planes y aun de terminar la existencia del príncipe don Fernando. Pese á que solo su presencia bastaria para abrirle las puertas del Burgo y ser recibido sin dificultad. Engañose en esto y obligado por las circunstancias, avanzó mas allá de lo que él mismo se habia propuesto. Hallábase en aquel punto un individuo de su comitiva rendidos de frío y cansancio hacia dos dias que caminaban sin detenerse un solo instante, y el sueño que por dos noches habia huido de sus pupilas, vino en esta tercera á aumentar sus tormentos, y como si esto no fuera suficiente, el frio aumentó en extremo, siendo mucho mayor de lo que en aquella estacion era propio, de manera que no eran dueños ni de dar un paso ni de disponer de sus fatigados miembros. En tal estado, el príncipe menos cansado ó mas animoso que los demás, llamó á la puerta, y el centinela sin saber quien era, tiró una gran piedra faltando poco para que le diese.

No aguardaba el príncipe recibimiento semejante, pero la casualidad misma que estuvo á punto de perjudicarle le salvo; á la prevision y vigilancia de los castellanos que por él velaban debió su salvacion en aquel trance. Hallábase el centinela dispuesto á secundar el tiro, cuando «Palencia, á quien no dejaba dormir el cuidado, y que á la sazón iba á prevenir á los que guardaban la puerta que si venian algunas personas á buscarlos no los tuvieran por sospechosos, cuenta que oyó el golpe de la piedra y gritó al centinela que no tirase otra.» A pesar de la distancia, el príncipe á la otra parte de las murallas, oyó y conoció la voz de Palencia, á quien dirigiéndose preguntó: «si tendrian entrada él y sus compañeros que ya no podian mas de sueño y de frio.»

El regocijo de Palencia fue estremado al reconocer al príncipe, pero amestrado por la esperiencia no se atrevió á responderle sino con la mayor cautela, manifestándole «que la entrada no era segura, pero que aguardase un poco mientras ellos salian con el conde de Treviño.»

Palencia corrió á avisar al conde, que harto descuidado se hallaba descansando en su cama, y á los demás amigos del príncipe, aragoneses y castellanos, que en la que menos pensaban era en lo que estaba pasando. Al saberlo, pudo perderlos su misma precipitacion, pero locos de alegría, corrieron á la puerta sin hacer caso de los prudentes consejos de Palencia, que los suplicaba obrasen con la mayor cautela. Pero si grande fue su aturdimiento no fue inferior el de los que guardaban la puerta que casi maquinalmente la abrieron, franqueándoles la salida «y el conde mandando encender muchas hachas y tocar muy recio las trompetas, se acercó á saludar y besar la mano á don Fernando quien por su parte le dió paz y besó en el rostro.»

Ya desde este momento se encontraba el príncipe en seguridad, y nada tenia que temer por su suerte ni por el éxito de su viaje. Encontrábase en una ciudad de Castilla, rodeado de los mas fieles y decididos partidarios de su matrimonio con doña Isabel, y entre tropas leales prontas á defenderle de cualquier acometida de los parciales del rey, señor de aquel territorio.

Los pacíficos vecinos del Burgo que reposaban tranquilos sin cuidarse de los afanes y pretensiones de los príncipes y magnates, despertaron sobresaltados al estruendo de las trompetas y campanas: sobresalto que aumentó en gran manera, cuando asomados á sus ventanas vieron el resplandor de las hachas que llevaba encendidas la comitiva del príncipe don Fernando; pero no teniendo aquel rumor ulteriores resultados volvieron á entregarse al sueño esperando saber al dia siguiente la causa de tan impensado suceso. Efecto parecido ocasionó este acontecimiento en las tropas de la fortaleza, pero careciendo de instrucciones para obrar y siéndoles desconocida la causa de aquel ruido, permanecieron á la expectativa, aguardando nuevas noticias ú órdenes de su jefe el teniente del obispo. Tanto este como aquellos lo que menos pudieron pensar, fue que se hallaban dentro de sus murallas el mismo personaje cuya entrada debian impedir en Castilla, y el que era objeto de todas las precauciones que habian tomado y se habian ordenado adoptar en lo sucesivo.

Esta falta de decision y este desconcierto en sus amigos salvó en esta como en otras tantas ocasiones á don Fernando. Pudo así acompañado del conde, de los castellanos y de los demás de su comitiva vadear en el rio y pasar á Osma, donde se hallaba alojada la gente

de guerra que le debía servir de escolta desde aquel instante hasta terminar su viaje, y la cual con el objeto de poderse reunir y estar pronta en pocos momentos, había sido alojada en corto número de casas y estas muy próximas. Tales precauciones surtieron su natural efecto; el príncipe desde aquel punto nada tenía ya que temer y entre aquel escaso, pero decidido pelotón de soldados, podía desafiar la cólera de sus enemigos y contemplar como desbaratados todos sus planes y proyectos.

A pesar de esta seguridad, no quiso tomar reposo, ni entregarse al sueño, y en vez de acostarse se puso á escribir á su hermano el arzobispo de Zaragoza, y otras personas que creía interesadas en su suerte y de consiguientemente cuidadas del éxito de su viaje. Terminada esta tarea, no solo se negó á descansar, sino á detenerse un instante mas del necesario para tomar algunas medidas preventivas y antes del amanecer ya se había puesto en marcha para Gumiel del Mercado á cuyo punto llegó en aquel mismo día. Y no sin motivo se dirigió á este pueblo. «Gumiel, dice Clemencin, era lugar del conde de Castro, cuya mujer doña Juana Manrique, tan afecta como toda su familia al partido de doña Isabel, lo recibió con las mayores fiestas y agasajos.» Tan buena acogida inspiró al príncipe la mayor confianza, que le decidió á hacer lo que hasta entonces no había osado desde que salió de Zaragoza.» Determinó descansar allí todo el día 8 y pasar el siguiente á Dueñas con toda su comitiva á la que ya se había incorporado desde Berlanga Gomez Manrique y numeroso cortejo de caballeros castellanos. En este punto ya podía el príncipe creerse seguro del logro de sus deseos por su proximidad á Valladolid y saber ya Isabel su venida, pues desde la noche anterior en que llegó á Gumiel había enviado á Palencia y á Cárdenas á la corte para noticiar su llegada á la princesa. «Después de cenar, y á la escasa luz de la luna tomaron aquel camino para anticiparse á los demás y ganar las albricias de la feliz venida del príncipe.»

Grande fue el regocijo que produjo la llegada de estos mensajeros y la nueva de que eran portadores. Para comprenderle en toda su estension es necesario suponerse en la situación de aquella señora, víctima de toda clase de sufrimientos, pasando por las mayores complicaciones como heredera de un trono y como amante. Divulgada esta noticia entre los cortesanos, improvisaron para celebrarla en el acto una fiesta á la usanza de la época, que consistió en jugar cañas todos los caballeros que formaban la corte. Señalóse este espectáculo con un funesto suceso, que en otra época se hubiera mirado como un triste agüero; mas entonces era tal la costumbre que había de ver ensangrentados los mayores regocijos, y tan frecuente en las lides caballerescas que perdiera su vida alguno de los campeones, que no se hizo ninguna predicción, y se miró como cosa indiferente que «en ellos cayó del caballo Tróilos Carrillo, quedando herido gravemente en la cabeza; pero el júbilo comun, añade el historiador, cubrió este incidente particular, y su mismo padre trató de disimular el sentimiento que le causaba.»

El príncipe continuaba en tanto su marcha, y el 9 de Gumiel vino á Dueñas, á donde se le presentaron considerable número de caballeros y personajes de la primera elevación con objeto de saludarle, conocerle y darle el parabien por su venida, ofreciéndole sus servicios y personas. Todos ellos quedaron muy satisfechos de la franqueza y amabilidad con que fueron recibidos por don Fernando, que en aquellos instantes de alegría no perdonó recurso alguno por hacerlos participar de la satisfacción que él mismo sentía.

No todo eran regocijos en aquellos días, pues en Valladolid había diferentes emisarios de la reina doña Juana, del maestre de Santiago y del conde de Plasencia, que conociendo lo desesperado de su situación y conservando aun algunos recursos, no querían dejar de usarlos. Como postreros sus esfuerzos fueron entonces los mas grandes, y con ellos creían seguro el rompimiento de las relaciones entre los príncipes. Pero con harta pesar suyo, poco ó nada consiguieron, y algo mas estuvieron próximos á hacer por su desmedida oficiosidad los partidarios mismos de la princesa. Pretendían, según espresion de Clemencin «algunos aduladores palaciegos que la princesa por lo elevado de su clase y la dignidad de la Casa Real de Castilla, exigiese del novio demostraciones de inferioridad, porfiando que don Fernando había de besar la mano á doña Isabel, como si por rey de Sicilia por heredero del cetro real de Aragon, y en fin, por su sexo pudiera conocer ventaja en su esposa.» Esta nube compacta de adoraciones de que se rodeaba á la princesa, hubiera quizá perdido á otra señora; pero «su cordura y los prudentes consejos del arzobispo de Toledo, inutilizaron las trazas y precavieron todos los inconvenientes.»

JOSÉ S. BIEDMA.

LA VILLA DE CARDONA.

Está situada Cardona en lo mas fragoso de la antigua Lacetania, sobre las dos vertientes de una loma termi-

nada al Oriente por una altura que coronan los altos muros de una fortaleza y bañada á Norte y Mediodía por las aguas del Cardener que bajan á confundirse con las del Llobregat á corta distancia de la ciudad de Manresa. Hácenla en extremo pintoresca las viejas y almenadas murallas que la cercan, los amenos valles que se estienden á sus piés sobre las márgenes del rio, los verdes y empinados cerros que limitan su horizonte, su misma posición y lo accidentado de su terreno.

Tiene Cardona importancia histórica; pero no debe á sus recuerdos la celebridad de que goza. La debe á la naturaleza y tambien al arte. Junto á la misma loma que la sirve de asiento alzáse unas montañas de sal gema que cuando recios aguaceros han sacudido la costra de polvo que ordinariamente las cubre, aparecen erizadas de agujas y brillan como esos ricos tabernáculos góticos que todavía se encuentran en algunas de nuestras catedrales. Son principalmente esas montañas las que han hecho famosa en toda Europa la villa de Cardona.

Están constituidas las salinas por masas enormes que parecen de cristal en su base y de filigrana en su escarpada cúspide. Son las agujas de diversos colores y difícilmente puede darse espectáculo mas bello que el que presentan cuando bajo la azulada bóveda de un cielo limpio y sereno las hieren los dorados rayos del sol naciente. Es bello el exterior de esas montañas y bello su interior abierto por profundas cuevas blancas como la nieve llenas de estalagmitas y estalactitas de que van desprendiéndose sin cesar en medio del mas solemne silencio cristalinas gotas de agua. Báñalas el Cardener al Mediodía y recoge el tributo de un pequeño arroyo que se forma en las mismas salinas.

Es incomparable la belleza de esos montes. Hay cubos de sal tan transparentes como el cristal mas puro. En su fondo aparecen frecuentemente mil estraños caprichos en que la imaginación ve con facilidad hermosas marinas y espléndidos paisajes. Los cubos de color son todos monocromos: se los parte sin embargo en mil pedazos y el color es el mismo, se los reduce á polvo y la sal es tan blanca como la de las estalactitas de las cuevas. Fenómeno que revela cuán cierto es que el color de los cuerpos depende de la combinación de sus moléculas!

Es comparable la hermosura de esos montes solo con su riqueza. Desde remotos siglos lleva el hombre su osada y codiciosa mano á las entrañas de las salinas: las va desmoronando, barrenando, haciéndolas saltar por la pólvora con grandes estallidos, arrancándoles todos los años centenares de quintales de piedra: apenas si se conoce el trabajo de tantos siglos. Los montes están al parecer intactos: la huella del pico y el azadon solo se descubre en el pequeño valle formado entre las mismas montañas, la del castillo y las aguas del rio. Está la gran masa de sal pura en esos montes pero hay sal gema en leguas á la redonda.

No es la villa de Cardona tan digna de celebridad por sus monumentos como por sus salinas; pero algo contiene tambien digno de la atención del artista. Dentro de la triple faja de murallas y la corona de baluartes de su vieja fortaleza, junto á una sombría torre y á los restos del que en otro tiempo fue palacio de los duques de su nombre, descuellan los altos y severos paredones de una antigua colegiata de tres naves hoy dividida en dos pisos y destinada al alojamiento de las tropas del castillo. Es esta colegiata una de las mas interesantes páginas del arte. Pertenece al estilo romano puro, á ese estilo grave é imponente tan distante del greco-romano como del romano-bizantino. Las bóvedas están sostenidas por anchas plenas-cimbras. Las plenas-cimbras descansan directamente sobre el abaco de los pilares; la base de los pilares en el pavimento. Nada hay allí supérfluo. Ni una sola hoja en los capiteles, ni una sola moldura, ni una sola línea de mas en ninguno de los miembros arquitectónicos. La recta y la semicircular constituyen todo el juego de sus líneas.

Su planta es una verdadera cruz latina, su presbiterio continuación de su nave mayor, su nave mayor muy ancha y sus laterales muy estrechas. Conserva todo el aire de una primitiva basílica. Tiene debajo de su presbiterio una capilla subterránea, su *confessio*, distribuida tambien en tres naves y sostenida por plenas cimbras apoyadas en diez toscas columnas. Es la *confessio*, por decirlo así, la reproducción de la iglesia: todo es completamente homogéneo é igualmente severo, todo revela que el arte estuvo en todo subordinado al pensamiento del sacerdote.

Solo algunos sepulcros alrededor del presbiterio interrumpen la unidad del conjunto. Son barrocos y no guardan sus líneas relacion alguna con las grandes y tranquilas del monumento. ¡Lástima que no sean como los coetáneos de la colegiata sencillas urnas sobre cuya tapa descansa la estatua del sepultado, cubierta de su celada y de su cota de malla y puestas las manos sobre la cruz de la espada! Hombres de armas son los que yacen en los sepulcros, pero de la época moderna. Son duques de Cardona y distan sus urnas de ser parecidas siquiera á la que tiene en Bellpuig uno de los mas esclarecidos miembros de la familia, el que fue en el siglo XVI virey de Nápoles y asistió á la toma de Mazalquivir y dejó tan bien sentada su fama en las playas de Africa.

Fuera de estos sepulcros no se conserva, sin embargo, ningun accesorio de la basílica. Despues de haber vivido dentro de unos mismos muros durante siglos la religion y las armas, los dos elementos de gobierno de las antiguas sociedades, no en nuestro siglo sino en el pasado invadieron las armas la casa de Dios y le arrojaron del templo en Cardona como en Lérida tomando por pretexto las necesidades de la guerra. Estaba ya muerto el feudalismo, y esas iglesias levantadas á su sombra, era fatal que sufriesen la suerte de sus fundadores y no pudiesen vivir dentro del mismo recinto que el poder militar, siempre invasor y siempre dispuesto á hacer sentir á los demás poderes el peso de su tiranía. Desaparecieron así no solo todos los accesorios de la colegiata: quedaron la colegiata y la antigua catedral de Lérida, una de las mas grandiosas creaciones de la arquitectura romano-bizantina, desfiguradas y mutiladas. No es con todo poco que existan aun los dos monumentos.

Esta basílica y las salinas son aquí los dos mejores espectáculos de Cardona. Despues de vistas, apenas si puede el viajero detener sus miradas en la iglesia parroquial, una de las obras mas vulgares del siglo XIV. Puede ya tan solo detenerlas con algun placer en un puente de dos arcos levantado sobre el Cardener al lado opuesto al de las salinas y una piedra enorme sentada casi á la orilla de un camino que conduce á Solsona. La piedra tiene todas las apariencias de uno de esos *menhires* erigidos por los celtas para señalar la tumba de sus caudillos ó para recuerdo de sus grandes batallas, ó para lindero de los lugares ganados por su espada. El puente, que forma un ángulo obtuso, es notable por las dimensiones de sus arcos de distinto diámetro y altura. El menor es de cuarenta y nueve piés sobre sesenta; el mayor de sesenta sobre noventa y siete; los dos de quince de profundidad. Está ya destruido su andén y yerbas parásitas van agrietando sus recios muros. Presenta cierta poesía y contribuye á dársela el nombre de Puente del Diablo con que se le designa.

Escribo este artículo por el recuerdo de impresiones que recibí hace cerca de veinte años; mas no temo incurrir en errores substanciales. Fueron estas impresiones demasiado vivas para que se borren de mi memoria. No se borrarán de seguro de la del que haya visto siquiera al paso sus montes de sal, su campiña y su vieja colegiata.

F. PI Y MARGALL.

URNA DE SANTA EULALIA EN OVIEDO.

Profésase en Asturias y desde antiguo gran cariño y devoción á Santa Eulalia de Mérida, tanto que bajo su advocación se fundaron varias capillas con que los asturianos manifestaron el respeto y veneración que tenían á esta santa, cuyos verdaderos restos creen poseerlos Oviedo, Mérida y Elna en el Rosellon. Sin embargo, la tradición favorece en mucha parte á la primera de dichas ciudades, y aun la preciosa urna en que se cree que están encerrados y de la cual vamos á tratar, parece corroborar la opinion de que en la catedral de Oviedo se guardan los santos restos de la que fue por sus virtudes hija querida del Señor, y levantada al rango de sus bienaventuradas.

Es la urna de que hablamos notable, no solo por su valor artístico, sino porque tal vez sea un dato mas para saber hasta qué punto los artistas cristianos tomaban su inspiración é imitaban del arte y la inspiración de sus enemigos los árabes. Nótese desde luego en su construcción dos estilos: el bizantino que acusa la época de su construcción, y el árabe que da motivo á creer que fue posteriormente adicionada por artistas mudéjares, pues se sabe que estos trabajaban para los reyes y artistas cristianos.

Lo cierto es que ya sea de origen árabe, como sospechan algunos, ya debida á artistas cristianos, presenta esta urna un ejemplar curioso de una obra de arte de un estilo no muy conocido todavía y perteneciente á un periodo artístico, no solo poco estudiado, sino tambien harto difícil.

Esta urna, que tiene de alto veinte y seis centímetros y cuarenta de largo, está cubierta con una hoja de plata bastante fuerte, á la cual el tiempo no ha podido robar por completo el dorado de que estuvo cubierta, pues que además de conservar su perfecto dorado las líneas exteriores que forman las tres figuras, conserva todavía su tinte amarillento, que presta á esta alhaja un aspecto mas de antigüedad.

Los adornos se hallan repetidos; la cruz encerrada en su nimbo, y los grupos de figuras, en la misma actitud, se ven en sus cuatro frentes. Los grupos de figuras están pésimamente dibujados á perfil, pero perfil compuesto de tres líneas, la primera de un mediano grueso, la segunda mas gruesa y la tercera mas delgada que la primera. Representan dichas figuras, vestidas al estilo oriental, un personaje que no se puede decir si se halla sentado ó de rodillas, y dos mas que le rodean y se inclinan ante él, como ante un superior. Las demás labores son tambien uniformes y del género de los tapices orientales usados en las iglesias durante la época latina.

Reemplaza al ángulo en los cuatro costados de la tapa un chaflan, en el cual se ve una inscripcion árabe escrita en caracteres cúficos, inscripcion que se ha traducido ya de este modo: «Bendicion completa, abundancia de bienes y comodidades y seguridad perfecta, celsitud siempre en aumento, paz duradera, juntamente con gloria é imperio perpétuo (acompañen al dueño de este edificio).»

De alto relieve y hechos con gran delicadeza, si bien de gusto mas moderno, son los dibujos que adornan la abrazadera que baja desde la tapa, dibujos que contrastan de una manera notable con lo imperfecto del delineado de la caja. Lo mismo puede decirse de otras dos abrazaderas, que empezando en la tapa terminan al final casi de la parte posterior, pudiendo creerse obra de una

misma mano. No sucede otro tanto con los toscos candados de hierro sujetos con anillas de plata, que no son del mejor gusto, y pertenecen, segun creen algunos, al siglo XVII lo mismo que las asas para levantarla.

Tal es la urna de Santa Eulalia. La mayor importancia de esta alhaja está en pertenecer á una época poco estudiada y poder servir algun dia como un dato mas para ilustrar un período del arte bastante desconocido. ¿Fue labrada por los árabes? ¿lo fue por artistas cristianos que imitasen á los primeros? ¿es obra tal vez de los artistas mudejares? Esto es lo que se necesita averiguar. Hasta ahora nadie se ha atrevido á decidir la cuestion.

LA HIJA DE CERVANTES.

LOA PARA LA FUNCION REPRESENTADA EN EL TEATRO PRÍNCIPE EL DIA 23 DE ABRIL DE 1861,

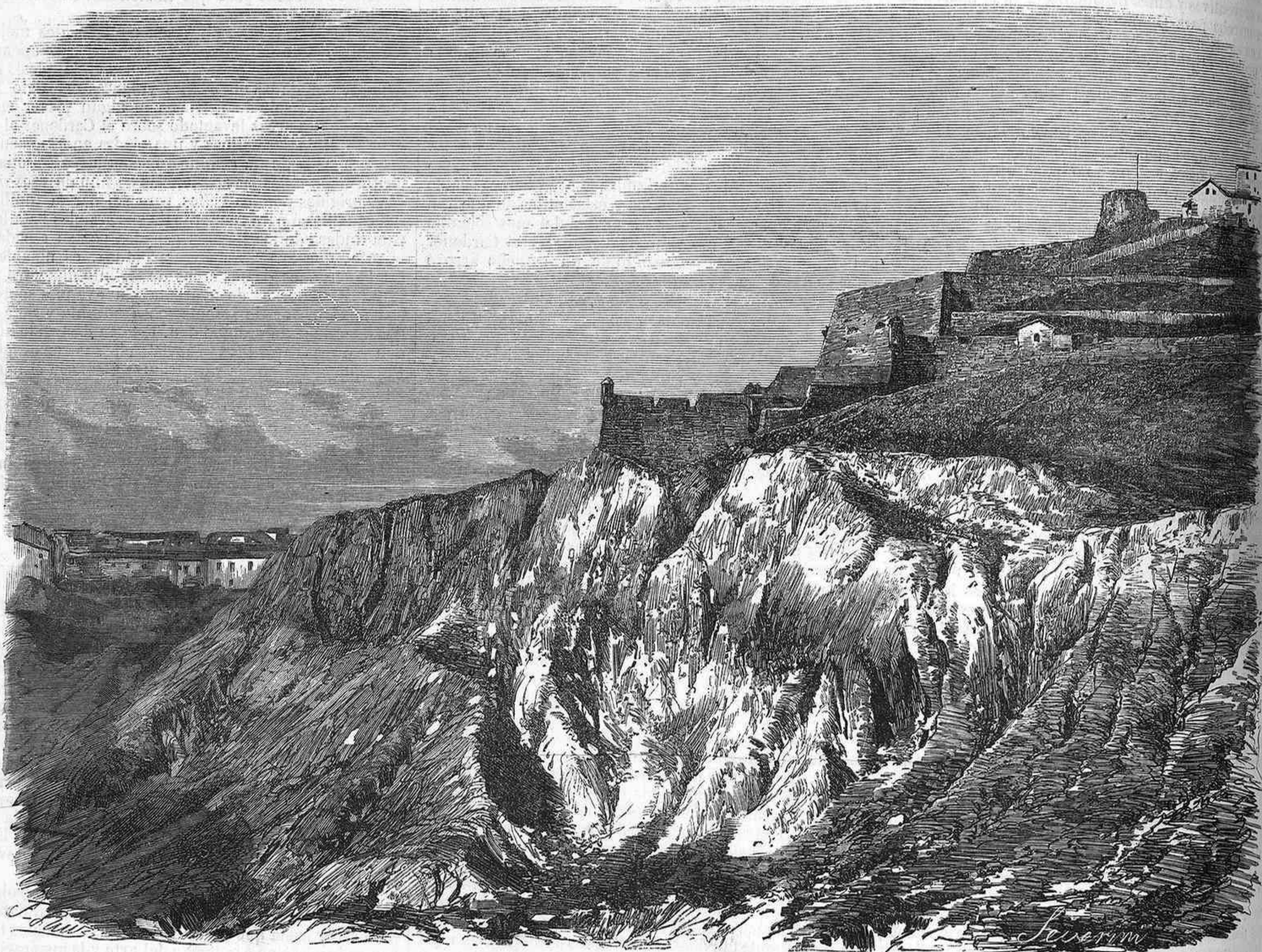
POR

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

ESCENA VII.

ALFONSO.

La he visto, la he defendido, y aún puedo servirle. No cabe mayor felicidad para mí.



EL CASTILLO DE CARDONA Y MONTAÑAS DE SAL. (FOTOGRAFÍA DE CLIFFORT.)

ESCENA VIII.

DON BLAS.—ALFONSO.

BLAS. Aquí está en efecto.—Amigo Alfonso, me alegro de tropezar con vos como si me hallara dos mil ducados.

ALF. ¿En qué puedo servirlos?

BLAS. Esta noche, en la boda del conde, se ha hablado de Cervantes con motivo de su fallecimiento, y se ha suscitado el natural deseo de saber si (como se sospecha) retrató á personas determinadas en don Quijote y en su escudero.

ALF. ¡Oiga!

BLAS. Sí. Yo salí del sarao con don García pensando en esto, y en que tal vez podríais vos decirme algo sobre el particular; me aparté de don García para buscaros, y no os hallé; y ahora he vuelto á encontrarme con él, y me ha dicho que os hallábais aquí.

ALF. Y ¿qué?

BLAS. Mirad: yo soy amigo de saber estas cosas, que por otra parte no llevan consigo ningun particular interés. ¿Pudierais vos decirme quién es don Quijote?

ALF. Sí, señor.

BLAS. Repito que no tengo ningun interés, todo es una simple curiosidad... con prisa.

ALF. Pues como decian que el señor Miguel habia tratado de pintar en don Quijote al emperador

BLAS. Carlos V, yo se lo pregunté una vez, y me dijo que era una suposicion calumniosa.

ALF. Eso dijo, ¿eh?

BLAS. Me aseguró que el tal don Quijote no era una persona sola, sino muchísimas; y ya veis que los Carlos quintos no se cuentan por centenares.

ALF. Eso es verdad.

BLAS. Sin embargo, no me satisfizo la respuesta gran cosa.

ALF. Ni á mí tampoco.

BLAS. Por eso le rogué que, siendo (segun afirmaba él) varios los don Quijotes, me hiciera la merced de indicarme uno.

ALF. Discretamente dicho. Y ¿qué? ¿Os le nombró?

BLAS. Sin nombrarle, tales señas me dió, que al momento le conocí.

ALF. Y ¿quién era? ¿El rey don Sebastian?

BLAS. No por cierto.

ALF. ¿Don Juan de Austria?

BLAS. Ni Juan que se le pareciese.

ALF. ¿El duque de Lerma?

BLAS. Ni duque ni conde, ni general ni alférez, ni sargento siquiera. Don Quijote de la Mancha era yo.

ALF. ¿Vos!

BLAS. Yo mismo. Yo, en primer lugar, soy manchego: del Quintanar, para servirlos. Yo, de mozo, me hice soldado, con ánimo de ser general por lo pronto, y rey luego, y emperador y arreglador

de tres partes del mundo siquiera; y no sé nunca de mochilero. En cada batalla creia que iba á ganar diez y siete banderas y un carro de oro; y no sacaba al fin sino porrazos y heridas. Me enamoré de una hermosa doncella, y nunca le dije que la queria; me llamo Alfonso, y ordinariamente me dicen Alonso, con el apodo de Cojite, porque de muchacho me cogian los dos á la carrera. Alonso se llamaba don Quijote cuando tenia juicio, y de Cojite se ha formado Quijote.

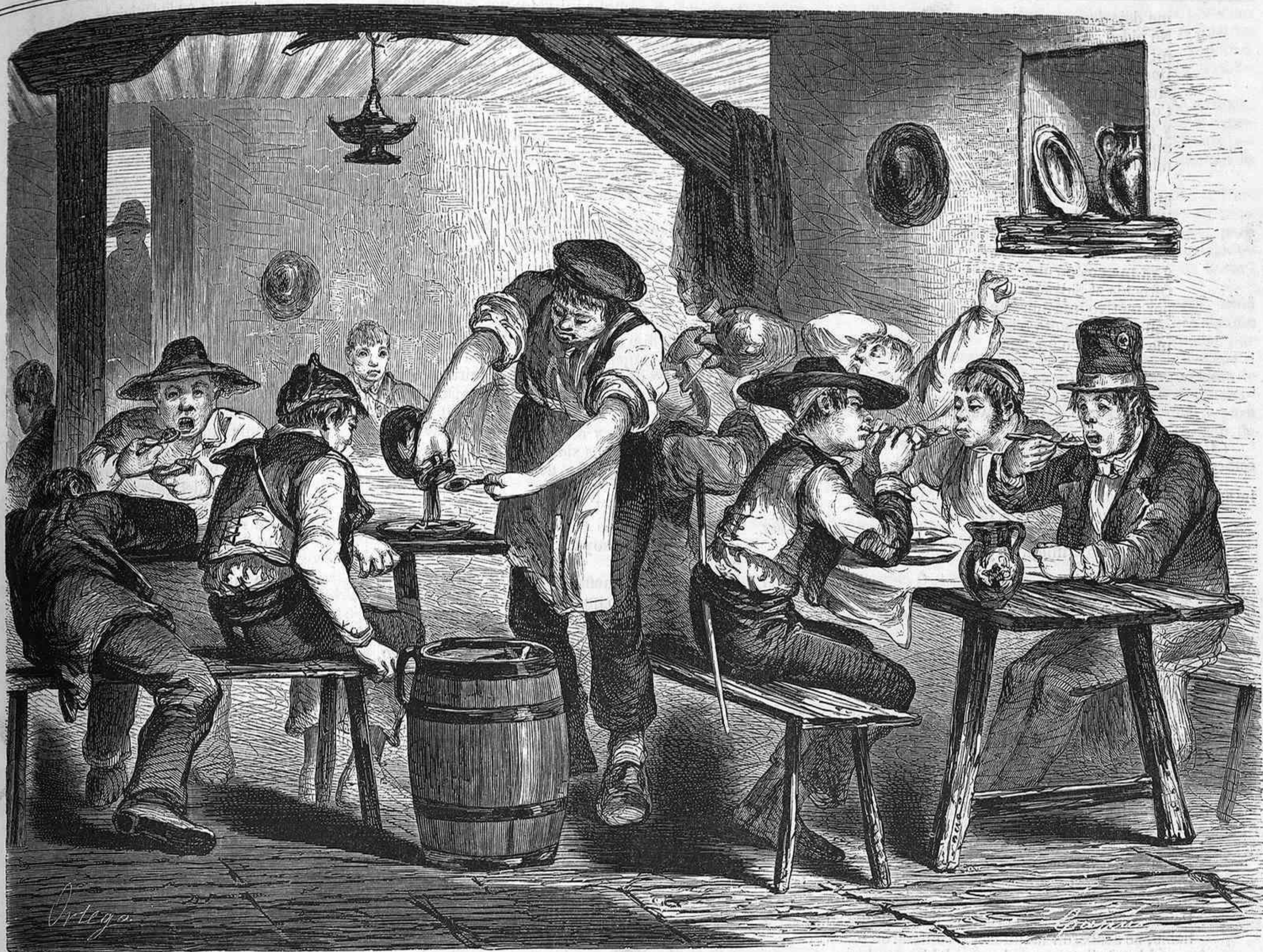
BLAS. No es posible dudarle: don Quijote sois vos.

ALF. Sancho Panza? Ese es el padre Aliaga, de Sancho Panza. Sancho Panza, segun me dijo el señor Miguel, es un pobre diablo, interesado, tonto, malicioso y crédulo, que se traga ruedas de molino cuando se le pone su interés por delante, y duda hasta del Evangelio en todo lo demás. Es un sujeto con dos apellidos, los cuales forman el nombre de Sancho Zancas, nombre que dió Cervantes al escudero de don Quijote sólo una vez, á fin de que pasara desconocido.

BLAS. ¿Sancho Zancas, decís! Aguardad un poco. Yo tengo los dos apellidos de Chozas y Cansinos.

ALF. A ver, á ver... Cho... zas... Can... san... ¡Dios tre! El fin del uno y el principio del otro apellido vuestro, forman exactamente el nombre de Sancho.

BLAS.
ALF.
BLAS.
ALF.
BLAS.
ALF.
BLAS.
ALF.
BLAS.
ALF.
BLAS.
ALF.



UN BODEGON DE MADRID Á LAS DOCE DEL DIA.—¡Á DOCE CUARTOS EL CUBIERTO..!

BLAS. Y con las letras de *zas* y de *can*, mudando de lugar la *c* con la *z*, resulta *Zancas*.
 ALF. ¡Don Blas de mi vida! Sancho Panza sois vos.
 BLAS. Y ¡vos don Quijote!
 ALF. Sois mi escudero.
 BLAS. ¡Maldito lo que me agrada el descubrimiento!
 ALF. No se lo digais á nadie, y no se sabrá: yo prometo callarlo, y don Quijote es hombre de su palabra.
 BLAS. Mal me 'sabria divulgarlo; pero no dejaria de convenirme que se supiera.
 ALF. Ese es verdadero rasgo de Sancho Panza, que se avino á darse tres mil azotes, á real el par.
 BLAS. Queda mi curiosidad satisfecha; y aunque algo me escuece, no me pesa del todo. Que Dios os guarde, mi señor don Quijote.
 ALF. Vaya mi Sancho Panza con Dios. *(Vase á la calle don Blas. De una ventana del convento cae un papel á los piés de Alfonso.)*
 BLAS. *(Aparte en la calle.)* Sancho Panza se va derecho á pedir sus dos mil ducados. *(Vase.)*

ESCENA IX.

ALFONSO.

¿Qué papel es este?—*(Lo coge y lo desdobra.)* Y dentro tiene otro. *(Llégase á la luz de una imágen, y lee.)* «Isabel de Saavedra.» ¿Por qué me le habrá echado por la ventana! *(Lee.)* «Debo mi dote, que son mil ducados: lleva esa declaracion y pide limosna por mí al señor arzobispo, á los que han impreso las obras de mi padre, á cuantos puedan favorecerme.»—¡Mil ducados! Mucho dinero es para juntarlo de caridad. ¡Otra vez don García!

ESCENA X.

DON GARCIA.—ALFONSO.

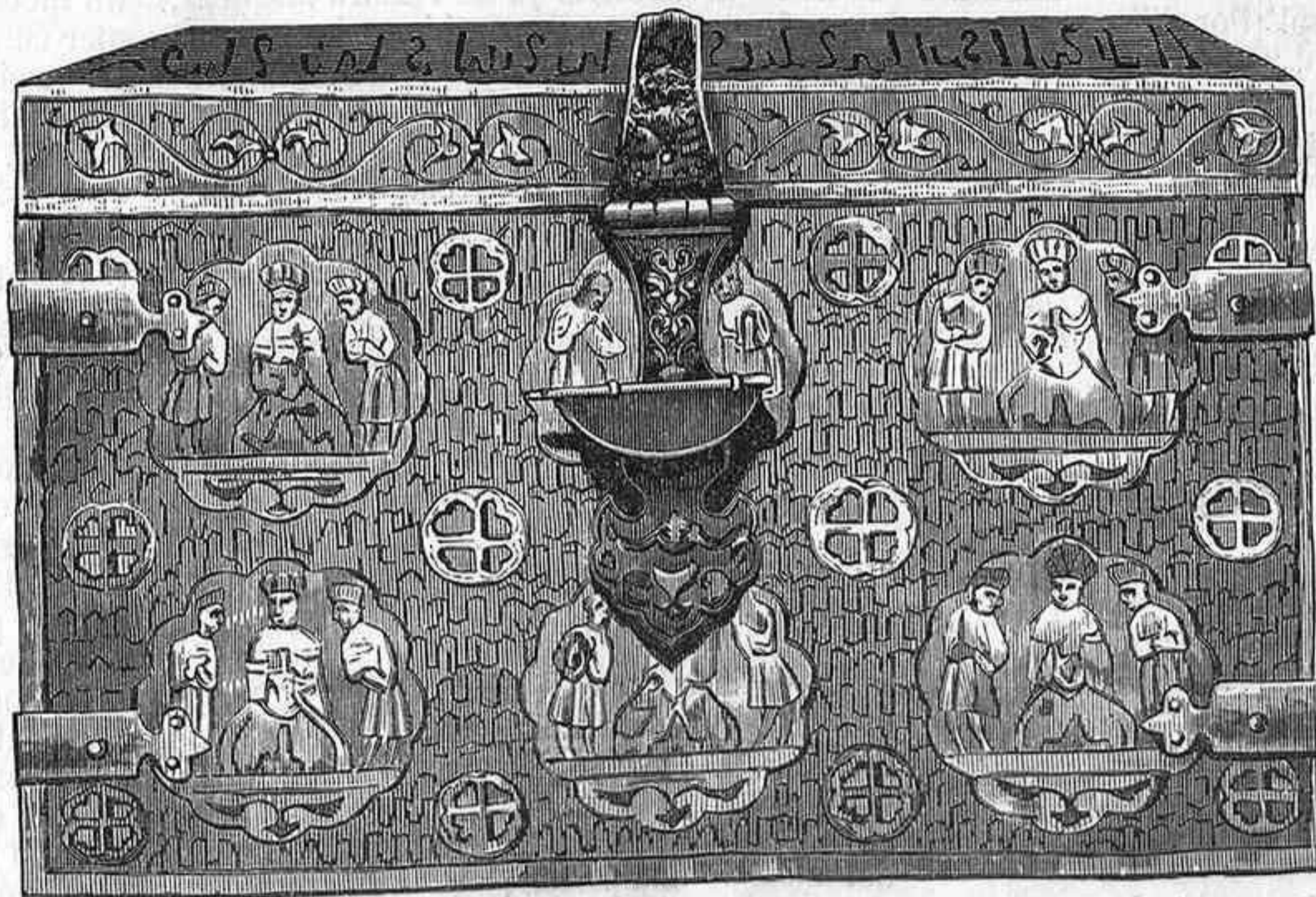
GARCIA. Alfonso, oye.
 ALF. Señor don García, os han mandado salir de aquí.
 GARCIA. Con razon: y por eso vuelvo. No recordes lo que ha pasado, y escucha. Doña Isabel de Saavedra necesita mil ducados, me los ha pedido y los he negado.
 ALF. ¡Señor! ¿es posible!
 GARCIA. Procedí mal; pero ya lo hice, y ya Isabel no debe recibir esa suma de mí.
 ALF. No: de quien ofende, nada se admite.
 GARCIA. Tú puedes ofrecérselos.
 ALF. Vuestros, ni áun yo los quiero.

GARCIA. No los recibirás de mí. El Rey está ahí, junto á San Andrés, en la boda del conde de Santa Catalina: el Rey ofrece dos mil ducados á quien le declare quiénes son los originales de don Quijote y de Sancho Panza.
 ALF. ¡Ah! ¡yo lo sé por fortuna!
 GARCIA. Ven conmigo, para que se lo digas al Rey en persona: yo te facilitaré que le hables.
 ALF. ¡Ahora sí que sois caballero! *(Vanse.)*

ESCENA XI.

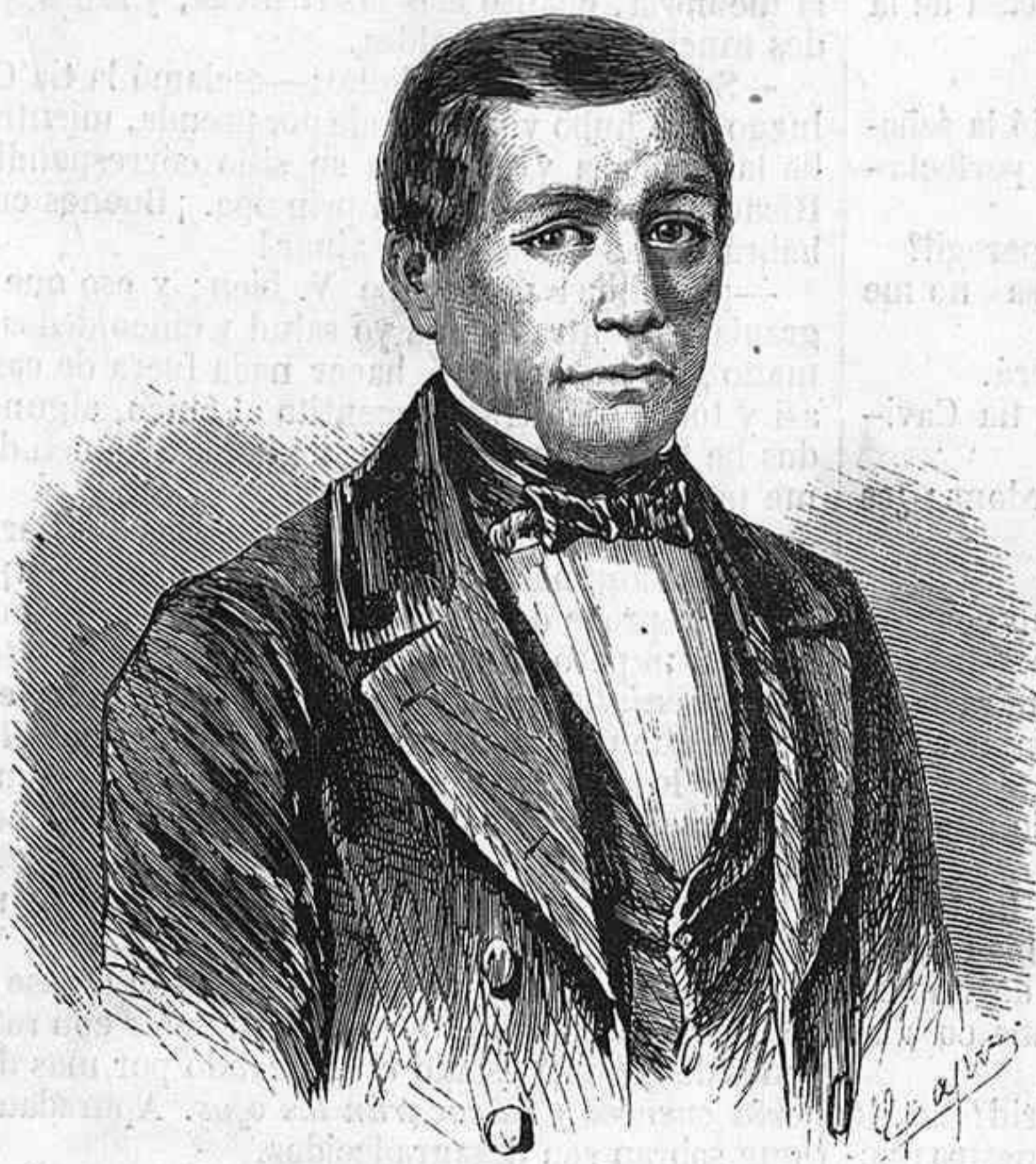
DOÑA ISABEL.

Se me ha olvidado cerrar. *(Cierra.)*
 Padres, que Isabel adora!
 mal os cuido, guardadora
 de este fúnebre lugar.
 Yo no me quiero apartar
 del escogido redil;
 yo en mi pecho juvenil
 ahogué memorias de un hombre;
 yo he perdido hasta mi nombre;
 yo no he de adquirirle vil.
 Dijo mi padre una vez
 (y en boca del vulgo vaga)
 que hay lluvia de oro que apaga
 la lumbre de la honradez.
 Oro ansio con avidez;
 pero es por triunfar de mí.
 Tiré el papel; no salí,
 aunque ántes hablé á García:
 ¿por qué Alfonso en este dia,
 por qué se aparece aquí?
 Más vergüenza que piedad
 producen aquí mis penas;
 ya sé lo que son cadenas,
 y áun no sé qué es libertad.
 «Soltad (me han dicho), soltad
 vestidura impropia en vos;»
 y pusieronme entre dos
 esta mundana librea:
 de la traicion de una hebrea
 ¿qué culpa tengo ante Dios?
 Entre dos tumbas la muerte

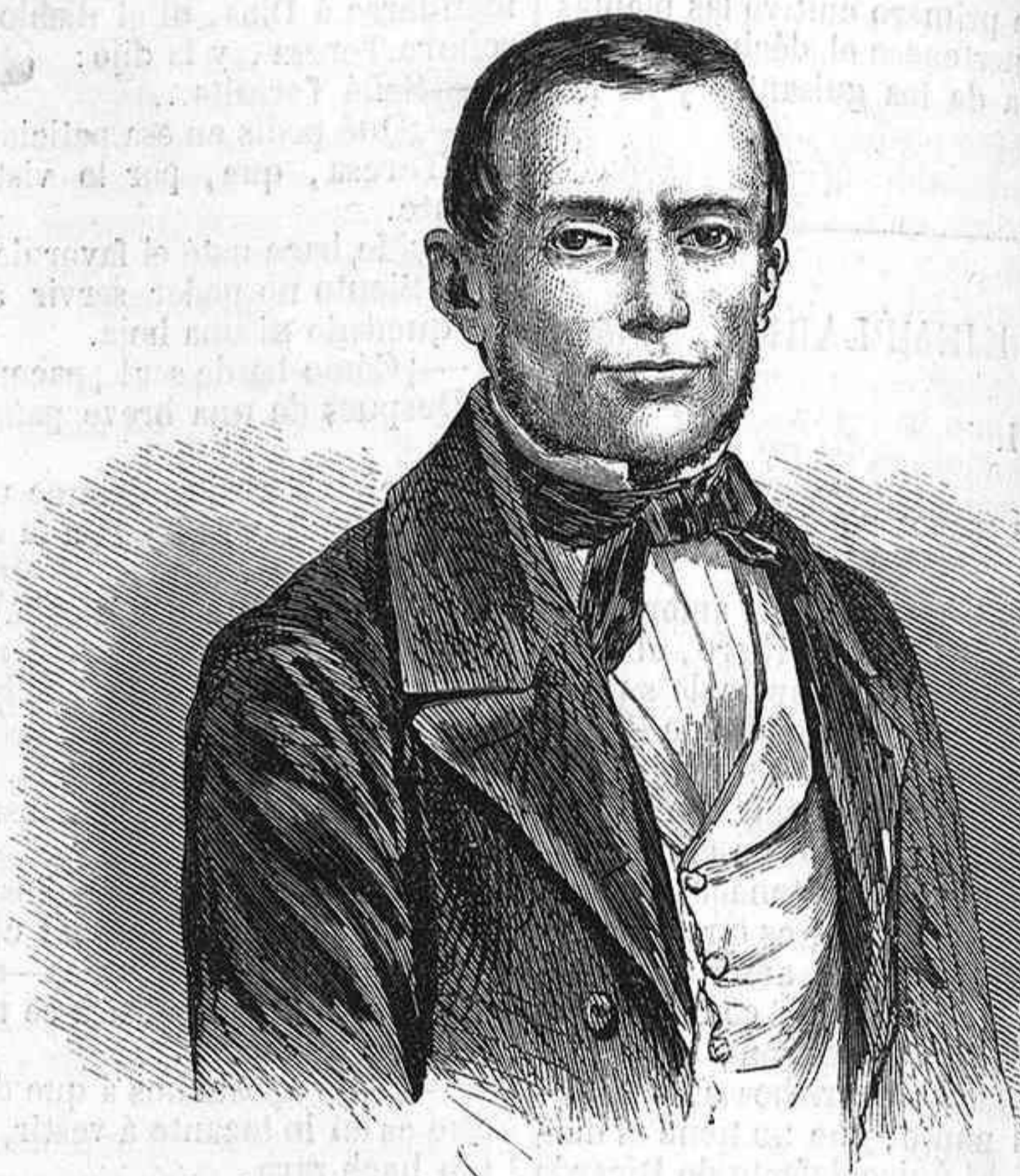


Pizarró

URNA DE SANTA EULALIA EN OVIEDO.



DON BENITO JUAREZ, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE MÉJICO.



DON MIGUEL LERDO DE TEJADA, CANDIDATO Á LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA DE MÉJICO.

camino, que ni un minuto pensó en sí; pero no bien hubo puesto el pié en el Salon, advirtió que era objeto de la curiosidad y cuchicheos generales. Sorprendió miradas burlonas y sonrisitas sarcásticas, y oyó palabras sueltas y frases que indudablemente aludían á él, pero cuya significacion interpretaba de un modo favorable, por lo mismo que no las comprendía, y por lo mismo que estaba muy lejos de sospechar que se mofaban de su traje.

- ¡Es un guacamayo!
- ¡Se ha escapado de un tapiz!
- ¡Pero señor ¿no hay policia?
- ¡Oh! corvas almas, admirad!
- ¡Perdonadle, señor!
- ¡Don Quisque!
- ¡Qué compasion de criatura!
- ¡Soberbia colmena!
- ¡Magnífica levita! ¡Lástima que le falten trabillas!
- La cria quisiera yo.

Ricardo oyó todas estas frases, pero las que pudieran haberle puesto en guardia, las aplicaba sencillamente á cualquiera de los paseantes, y seguía impávido, como si tal cosa. Si alguna vez pasó por su imaginacion la mas leve sombra de una sospecha desagradable, hallaría en su lógica especial razones para ahuyentarla como una vana quimera.

—Que me miran!...—se diria—¿Y qué? También yo miro á todo el mundo; con que estamos en paz.

No debió ser su tío de este parecer, pues acercándose á él por detrás, le dijo, dándole con el baston un golpecito en la espalda:

- ¡Ricardo!
- ¡Ola tío! ¿ha venido usted ya?
- ¡No lo ves?... Mira, hijo, vámonos á casa.

Pronunció el carpintero las últimas palabras, visiblemente disgustado.

- ¿Sucede algo, tío?
- Sí, sobrino; sucede que estás siendo el hazme reir, y que todo el mundo se burla de tí.

El pobre Ricardo se puso encendido como una amapola, y se le anudó la lengua, hasta que por fin atrevióse á preguntar:

- ¿De qué se rien? Tengo acaso alguna danza de monos en la cara?

—Se rien de tu vestimenta; estás hecho un adefesio, un espantajo. ¿A quién se le ocurre venir al Prado con esos colorines y ese sombrero del tiempo del rey que rabió? A fé que si yo te hubiese visto antes, no hubieras servido de diversion á nadie.

Cayósele el alma á los piés al infeliz Ricardo, viendo que aquello mismo que habia constituido sus delicias, que aquellas prendas que tantas vigilias y tantas privaciones costaron á su madre adorada, eran ahora objeto del escarnio y de la risa del mundo. ¡Pobre niño! Habia vivido hasta entonces en el país de los sueños y de las ilusiones, y despertaba en el de las realidades, al ruido que causaba la caída de sus castillos y palacios encantados. Habia mortificado á todos los mozos de la aldea con su imaginaria elegancia en el vestir, y ahora la córte le recibia con una carcajada; le heria por los mismos filos con que él habia herido á otros.

Del paseo á casa apenas despegó Ricardillo los labios; y el carpintero, cada vez mas avergonzado de

acompañar á su sobrino, que iba verdaderamente ridículo, hubiera querido hundirse siete varas bajo tierra, para ocultarse á la vista de los que encontraban al paso.

En toda la noche pudo Ricardo pegar los ojos, y la desazon no se le quitó de encima en una semana.

Una imprudencia cometió, que afortunadamente no surtió el efecto que él se proponia, porque el tío pudo evitarlo á tiempo; y fue escribir á su madre diciéndola que queria volverse al pueblo, alegando por causa de esta determinacion el desagradable suceso que acabo de referir. Hé aquí las palabras con que él se lo noticiaba:

«Me puse, como digo, lo mejorcito: la camisa amarilla, el chaleco verde, el corbatin azul de pana, el pantalon de paño de mezcla, la levita de lo mismo, y el sombrero, sin olvidarme del baston. ¡Ay, madre! ahora lo recuerdo y lo comprendo todo claramente; se reian y se burlaban de mí, como si fuese un animal raro, y yo tan tonto que me figuré que me alababan: pero lo que me llega al alma, lo que me hace llorar y sufrir, es el considerar que despues de sacrificarse usted tanto por vestirme... ¡vamos! no quiero, no quiero estar aquí; que me lleven al pueblo, que venga por mí el ordinario, ó me escapo y me voy solo á pié, aunque sea pidiendo una limosna por esos caminos de Dios, y durmiendo en los pajares.»

No logrando el carpintero quitar de la cabeza á su sobrino la idea de contárselo todo á su madre, escribióla él tambien, en lo cual procedió como hombre discreto, pues su carta fue el antídoto del veneno que Ricardo le daba á tragar en la suya. El tío de Ricardo, que por costumbre y temperamento examinaba las cosas con una calma, una reflexion y una imparcialidad de que pocos pueden envanecerse justamente, decia, en su lenguaje, á su hermana:

«¿Nunca has oido tú que allá lejos, muy lejos, al otro extremo de la tierra, hay unos hombres que andan desnuditos como su madre los parió, sin mas aquel que un taparrabos; que los tales hombres se *abujerean* las narices y las orejas para colgarse de ellas conchas, piedras y pedazos de metal, pongo por caso, de oro y de plata; y que, á mas de esto, se pintan varias partes del cuerpo, y se ponen en la cabeza uno á manera de penacho, como los caballos de las caballerizas reales? Estos hombres se llaman salvajes, y viven en los bosques en compañía de las monas, de los tigres y de las culebras. Ahora ven acá, hermana. ¿Qué harías tú, qué haría tu hijo, y qué harian todos los vecinos de ese pueblo, si de repente se presentase un salvaje asi en medio de la plaza, de la conformidad que he dicho? ¿Qué haceis todos cuando, por antruejos, veis los mamarachos que andan chillando por esas calles? Reiros y burlaros de ellos; esto es lo que haceis; pues, hija, aplica el cuento. Ricardillo era en esa un figurin, porque vivís cien años atrasados; pero lo que es por acá era una antigualla, y milagro que no le apedrearón. Acordaos tambien de lo que sucede cuando los muchachos de ese lugar atisban un señorito forastero, vestidoá estilo de ciudad. Algunos he visto yo correrlos, gritándoles detrás:

Señorito del pan pringao:
echa los mocos en el tejao.

Solamente que vemos la paja en el ojo ageno, y no una viga en el nuestro.

»No hagas caso de lo que dice el chico; déjamele, yo te prometo que dentro de un año será otro hombre: habrá perdido su vanidad, que es lo único que le está á perder, y darás gracias á Dios por haberle enviado á la córte, primeramente para su escarmiento, y despues para su bien: mucho malo hay aquí, no te lo mienta, hermana; pero tambien hay mucho bueno y rebueno, pues como canta el refran: *en todas partes cuecen habas*; y, finalmente, no olvides, por si se ofrece, aquel otro que dice: *donde quiera que fueres, haz lo que vieres*. Y con esto no canso mas.»

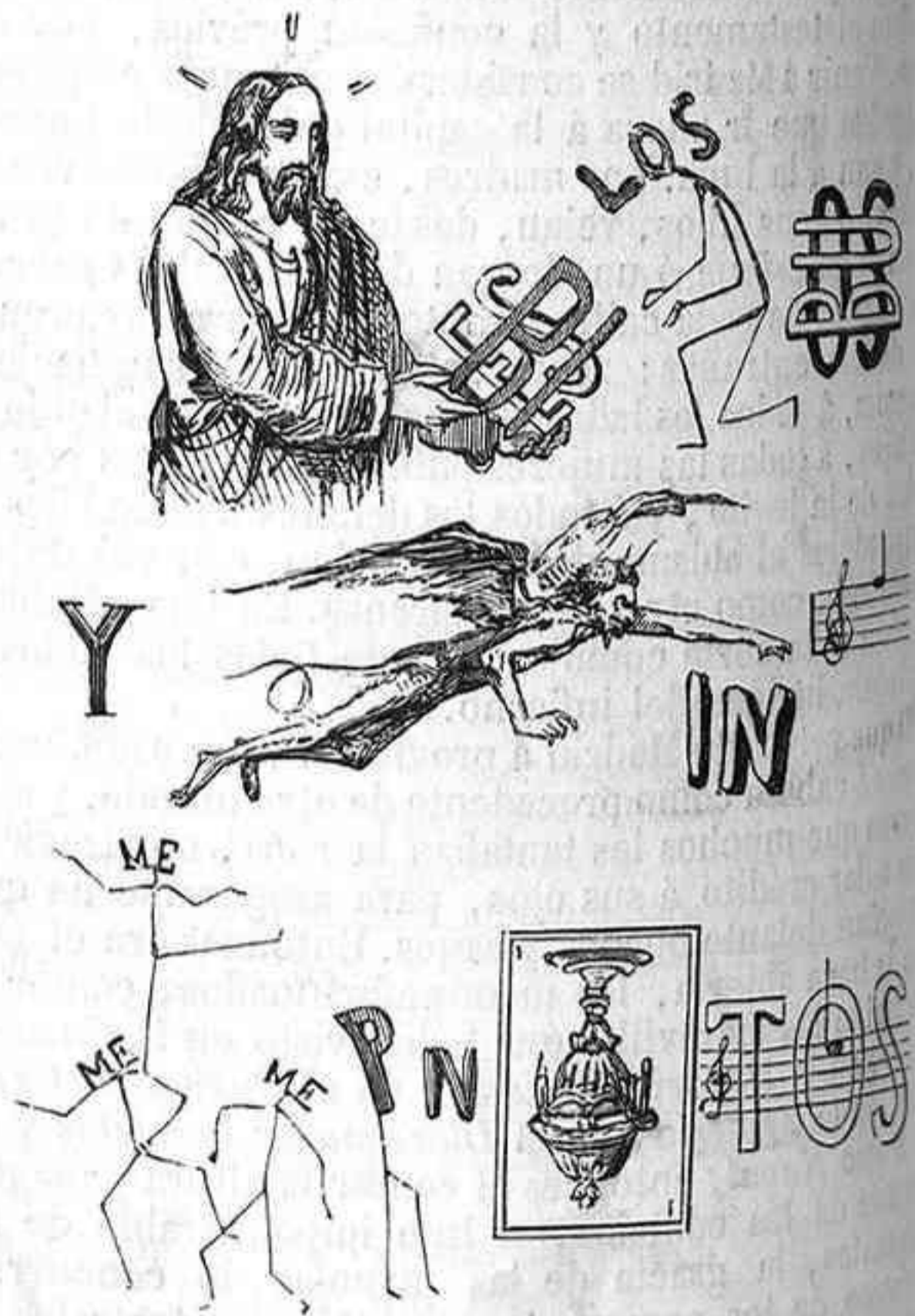
Aun no habia trascurrido el año que indicaba el tío de Ricardo, cuando este, como si toda su vida hubiese estado en Madrid, se reia de sí mismo cada vez que recordaba la facha con que habia ido al Prado á lucirse, creyendo, si no poner una pica en Flandes, poder, á menos, presentarse en aquel magnífico paseo, sin distinguirse, como se distinguió, por lo antiguo y por lo raro.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

GEROGLÍFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

La librea por dorada que sea rebaja al hombre al nivel del bruto.



La solucion en el número próximo.

DIRECTOR, D. J. GASPAR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAR Y ROIG.
EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4.